

# Los orígenes modernos de la Semana Santa de Sevilla, I

**Colección Historia**  
Editorial Universidad de Sevilla

## COLECCIÓN HISTORIA

### DIRECTOR

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino, Universidad de Sevilla.

### CONSEJO DE REDACCIÓN

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Sevilla.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Antonia Carmona Ruiz. Catedrática de Historia Medieval, Universidad de Sevilla.

Prof. Dr. José Luis Escacena Carrasco. Catedrático de Prehistoria, Universidad de Sevilla.

Prof. Dr. César Fornis Vaquero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Sevilla.

Prof. Dr. Juan José Iglesias Rodríguez. Catedrático de Historia Moderna, Universidad de Sevilla.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Pilar Ostos Salcedo. Catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas, Universidad de Sevilla.

Prof. Dr. Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno. Catedrático de Historia de América, Universidad de Sevilla.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Oliva Rodríguez Gutiérrez. Catedrática de Arqueología, Universidad de Sevilla.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> María Sierra Alonso. Catedrática de Historia Contemporánea, Universidad de Sevilla.

### COMITÉ CIENTÍFICO

Prof. Dr. Víctor Alonso Troncoso. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de La Coruña.

Prof. Dr. Michel Bertrand. Prof. d'Histoire Moderne, Université de Toulouse II-Le Mirail.

Prof. Dr. Nuno Bicho. Prof. de Prehistoria, Universidade de Lisboa.

Prof. Dr. Laurent Brassous. MCF, Archéologie Romaine, Université de La Rochelle.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Isabel Burdiel. Catedrática de Historia Contemporánea, Universidad de Valencia.

Prof. Dr. Alfio Cortonesi. Prof. Ordinario, Storia Medievale, Università degli Studi della Tuscia, Viterbo.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Teresa de Robertis. Prof. di Paleografia latina, Università di Firenze.

Prof. Dr. Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Anne Kolb. Prof. für Alte Geschichte, Historisches Seminar, Universität Zürich, Suiza.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Sabine Lefebvre. Prof. d'Histoire Romaine, Université de Bourgogne, Dijon.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Isabel María Marinho Vaz De Freitas. Prof. Ass. História Medieval, Universidade Portucalense, Oporto.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Dirce Marzoli. Direktorin der Abteilung Madrid des Deutschen Archäologischen Instituts.

Prof. Dr. Alain Musset. Directeur d'Études, EHESS, Paris.

Prof. Dr. José Miguel Noguera Celdrán. Catedrático de Arqueología, Universidad de Murcia.

Prof. Dr. Xose Manoel Nuñez-Seixas. Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Santiago de Compostela.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper. Catedrática de Historia Moderna, Universidad de Barcelona.

Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Ofelia Rey Castelao. Catedrática de Historia Moderna, Universidad de Santiago de Compostela.

Prof. Dr. Benoit-Michel Tock. Professeur d'histoire du Moyen Âge, Université de Strasbourg.

Rocío Plaza Orellana

# Los orígenes modernos de la Semana Santa de Sevilla

1. El poder de las cofradías (1777-1808)

el paseo, 2022

 **eu**s  
Editorial Universidad de Sevilla

Proyecto de Investigación: "El patrimonio cultural de Sevilla como factor turístico de desarrollo socioeconómico. Análisis histórico, modelos de gestión sostenible y estrategias de innovación y promoción", con la contribución de



© Rocío Plaza Orellana, 2022

© Editorial Universidad de Sevilla, 2022

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.

Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443

Correo electrónico: eus4@us.es

Web: <https://editorial.us.es>

Colección Historia Núm. 391

COMITÉ EDITORIAL

Araceli López Serena (Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)

Elena Leal Abad (Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez, Rafael Fernández Chacón, María Gracia García Martín,

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado, Manuel Padilla Cruz, Marta Palenque,

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda, Marina Ramos Serrano, José-Leonardo Ruiz Sánchez,

Antonio Tejedor Cabrera

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

Colección Memoria

*1ª edición en EL PASEO EDITORIAL: febrero de 2018*

*1ª reimpresión: marzo de 2018*

*1ª edición en la EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA: diciembre de 2022*

*(3.ª edición en EL PASEO EDITORIAL)*

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: Deculturas, S.C.A.

Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

Las editoriales quieren hacer un agradecimiento expreso a todas las hermandades por la gentileza y aportaciones para la confección de este libro, y, en especial, a la hermandad del Silencio, por las facilidades y la cesión de las imágenes que han servido para la confección de la portada.

I.S.B.N. (Universidad de Sevilla) 978-84-472-2400-5

I.S.B.N. (el paseo editorial-OBRA COMPLETA) 978-84-19188-23-6

I.S.B.N. (el paseo editorial-VOLUMEN) 978-84-19188-21-2

DEPÓSITO LEGAL: SE-2147-2022

CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla y El Paseo editorial.

Impreso en papel ecológico - Impreso en España

*Este libro está dedicado a mi familia.  
A nuestras mañanas de Domingo  
de Ramos en San Juan de la Palma.*



# Contenido

## INTRODUCCIÓN

¿Por qué? •13

Sorites •18

## XVIII: SIGLO DE LUCES, SIGLO DE SOMBRAS

Todo comenzó por un motín •25

Los del común en las cofradías y todos los demás •28

Los años del Expediente General •47

*¿Cuántas sois! o la hermandad de Jesús Nazareno  
reforma sus reglas (1768-1776) •54*

*Prohibida la noche. El Señor del Gran Poder en  
su madrugada o cómo Sevilla  
se inventó el alba (1777-1783) •68*

*Desbaratando las leyes. ¿Jesús sin nazarenos! •97*

*En los cultos y en la calle sin las reglas aprobadas •119*

El desafío de la Carretería. Madrugada para todos •138

El nuevo asistente. Nuevos tiempos •172

Santo Entierro, comedias, desamortización  
y Esperanza •184

## 1800: UN NUEVO SIGLO

La tonadilla de doña Toribia •207

La Semana Santa de 1800 •214

Aquel otoño. La epidemia •223

*Las procesiones de septiembre* •236

*Cuentas y cuentos* •261

La sombra de la epidemia. La Semana Santa de 1801 •269

## FANTASMAGORÍAS (1802-1808)

La fantasmagoría y los tiempos de Godoy •281

Las fiestas de siempre y las cofradías •288

Primera fantasmagoría: El baile de los Asistentes •293

Las Semanas Santas de Manuel Cándido Moreno •299

*1802. Doce hermandades de nuevo* •300

*1803. El Cachorro pide túnicas* •305

*1804. Amor y Esperanza trinitaria.*

*Los macarenos golpean.* •315

*1805. Bochorno en el palquillo* •349

*Escándalo en las elecciones* •367

*La despedida de «La asistenta»  
y el conde de Fuenteblanca* •386

Segunda fantasmagoría. Vuelven las comedias •390

Las Semanas Santas de Vicente de Horé •393

*1806. Una madrugada desbaratada* •393

1807. Lluvia y esplendor. La Virgen de  
la Victoria ya está en la calle •400

Las cofradías de Triana •420

1808. La fiesta terminó •437

Bibliografía •457

Abreviaturas •465

Agradecimientos •467



# Introducción

¿POR QUÉ?

Esta pregunta lanzó el periodista Manuel Chaves Nogales a los lectores de la revista *Ahora* el 31 de marzo de 1935 desde su redacción madrileña. Con ella sembraba la incertidumbre entre quienes habían esparcido desde la prensa, la radio o las tertulias de café un manojo de certezas, porque creían disponer de las razones que explicaban lo que había ocurrido durante aquel tiempo. Y es que en Sevilla volvían todas las cofradías a las calles durante la Semana Santa.

¿Por qué habían vuelto en aquella primavera de 1935? Ni el Ayuntamiento, ni el gobernador civil, ni el arzobispo, ni quienes las habían boicoteado desde diversos frentes podían por sí solos devolverlas, a pesar de los daños pasados, pero retornaban. Y lo hacían tras haber arreciado «el diluvio».<sup>1</sup> Un cataclismo que tambaleó los frágiles cimientos de la Semana Santa, arrastrando con su empuje parte de sus nutrientes. Manuel, con su pregunta, arrancó el papel y el cartón de los decorados que se habían construido en los discursos oficiales que vocearon sus heraldos, o quienes decidieron convertirse en opinadores voluntarios. La Semana Santa era tan frágil que había desaparecido, y tan compleja que había retornado.

En los siglos de historia de las cofradías sevillanas, fue una ausencia de sólo un año; dentro de una coyuntura que ya se había producido en otras ocasiones. Su padre, el periodista Manuel Chaves Rey, escribió sobre otro episodio estéril de cofradías que conoció por el testimonio de quienes en su juventud lo habían padecido. Un tiempo aún más largo e inquietante, que comenzó en 1821 y concluyó en 1826. Desde la curiosidad y el asombro escudriñó en el corazón de esos días antiguos en los que se quebraron el clima social y las necesidades de la fiesta, arrastrados por intereses políticos, problemas de

---

<sup>1</sup> Chaves Nogales, M. *Semana Santa en Sevilla*, Almuzara, Córdoba, 2013, p. 70.

orden público y ausencia de recursos económicos. En cualquier caso, años en los que a pesar de todo lo que se pueda esbozar, al igual que en 1935, volvieron, porque podía haberse extinguido para siempre, pero no fue así.

El por qué de Chaves Nogales, posicionado en su momento histórico, ha sido a lo largo de la reciente historia de la Semana Santa de Sevilla una pregunta constante; no sólo desde la cuestión de sus intermitentes ausencias, sino también de su presencia. Desde la monotonía de su celebración, año tras año, desde hace más de dos siglos, no es fácil esquivar desde otra perspectiva diferente esta cuestión: ¿cómo es posible simplemente aún su existencia?

La inquietud de Gustavo Adolfo Bécquer se volcó sobre ella, ante el asombro que le produjo vivir una niñez de años de decadencia, una adolescencia de esplendor y finalmente años convulsos que arreciaron con el estallido de la «Gloriosa» en 1868. Para comprender qué había ocurrido en su Semana Santa en algo menos de veinte años, la comparó con lo que acontecía en otra ciudad que conocía bien, y que por entonces había cedido su lugar a Sevilla como foco de atracción de curiosos, turistas y peregrinos adinerados. Los días de Pasión en Toledo, escribiría, parecían condenados a desaparecer porque se habían instalado: «en la última palabra de la tradición»;<sup>2</sup> pero Sevilla, «en la que el espíritu moderno ha llevado a cabo las más radicales transformaciones», no había dudado en dotarlas de «animación, novedad y lujo», algo que él traducía en sus desfiles procesionales: «como un conjunto en que se mezcla y confunde lo profano con lo religioso, de manera que tiene a intervalos el aspecto de una ceremonia grave o la vanidad de un espectáculo público con sus puntas y ribetes de bufonada».<sup>3</sup>

Una fiesta diferente, al fin y al cabo, que debía su transformación a la ciudad que la celebraba, capaz de darle la vuelta a todo lo que había sido para adaptarse al compás estético, lúdico e incluso religioso de los nuevos tiempos. Observación que cincuenta y nueve años después compartiría también Manuel Chaves Nogales, cuando en 1928, tras dar la vuelta a Europa en avión descubrió, en medio de aquellas fronteras quebradizas, que existían ciudades, como Leningrado, que vivas habían comenzado a convertirse en ciudades-relicario, o eso

---

<sup>2</sup> Bécquer, G. A. *Obras Completas*, Cátedra, Barcelona, 2004, p. 793. Publicado en *El Museo Universal*, 28 de marzo de 1869.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 794.

que él denominó «entregarse a la Historia».<sup>4</sup> Aquello que Bécquer descubrió que Toledo estaba haciendo con ella misma.

En definitiva, Sevilla fue capaz de crear una Semana Santa que dejó atrás el restallido seco de los látigos sobre las espaldas desnudas de los flagelantes o el chirriar de las cadenas sobre las calles de arena, como lo habían hecho todas las demás poblaciones del reino, obligadas por la legislación de Carlos III en el siglo XVIII; y la llenó de sibilas, ángeles alados con lentejuelas, bandas de música convertidas en orquestas, nervaduras góticas sobre peanas doradas, capirotes multicolores, túnicas blancas, mantos verdes, gasas escarchadas para los rostrillos de las dolorosas, cohortes romanas y flores de cera. Semanas santas, en definitiva, que Bécquer nos mostró que, en apenas dos generaciones, habían transformado su antigua y aristocrática gravedad católica, en la gran celebración religiosa de la burguesía sevillana. Para ello, Sevilla la incluyó en esos nuevos tiempos como parte indisoluble de ella misma.

En definitiva, un siglo de una Semana Santa tan hermosa como lo eran los fondos de armario que imponían las revistas de moda parisinas. Evanesciente, tintineante, fantasmagórica, exuberante, imprevisible e incluso mundana; pero única. Obra de los burgueses y ese pueblo que se había convertido en protagonista ocasional de la literatura, el teatro o la música, como también, de aquella Semana Santa.

Y así se alcanzó el fin del viejo imperio cerrando el siglo XIX, y se llegó a la hecatombe de la primera gran guerra europea al iniciarse el nuevo. Entonces, algunos escritores y periodistas continuaron con sus dudas y su desconfianza sobre las ediciones mayoritarias de impresiones sobre aquella fiesta, porque de nuevo el paisaje se agitaba: la guerra mundial la había vaciado de turistas.

Fue el caso de Eugenio Noel, quien nos dejó uno de los libros más complejos y enigmáticos de su historia. Acompañado del escándalo, como era habitual en la exposición de sus inquebrantables opiniones sobre España, los españoles y sus cosas, escribió sobre la relación entre la Semana Santa y Sevilla; los sevillanos y sus imágenes; la religión y la religiosidad popular; España y todo aquello. El resultado fue un estudio único sobre una Semana Santa de 1916, vacía de turistas europeos por el conflicto mundial, pero arropada por el rey, los políticos y la corte que durante aquellos años de conflicto bélico

---

<sup>4</sup> Chaves Nogales, M. *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, Libros del Asteroide, Madrid, 2012, p. 249.

no dudaron en trasladar hasta aquí el eje de aquel país neutral, fundamental como abastecedor en aquellos años de trincheras.

Sin embargo, como no podía ser de otro modo, Noel nos dejó algo más: la consecuencia de una redacción de lo que aconteció en unos días en los que no estuvo en Sevilla. No había encontrado el dinero suficiente para sufragarse el viaje, pero ensambló sus descripciones sirviéndose de los recortes antiguos y presentes que habían narrado otros o él mismo años antes.<sup>5</sup> Con todo aquello podía escribir una crónica al uso de una fiesta en la que no cambiaban más que la fecha en las cabeceras de los periódicos. Pero no fue ése su único objetivo. Pretendía saldar una deuda de ingratitud con una ciudad «bella» a la que le iba a contar su verdad, según hizo saber en el prólogo, desprovista de cualquier «bastarda adulación», como la tenían acostumbrada.

Noel desglosa la historia de la fiesta principal de una ciudad enigmática a la que contempla estupefacto. Y de Sevilla, una ciudad a la que considera capaz de ser a la vez «encantadora y trágica».<sup>6</sup> Entre los mensajes que fue dejando envueltos celosamente, e introducidos en una botella lanzada al mar del tiempo, se encuentra su convencimiento de que todo aquello no era más que una obra del pueblo y sólo del pueblo, y como él virtuosa, alegre, piadosa, pagana y desmesurada. Por los argumentos que manejó para desvelar la complejidad de esta celebración religiosa, se ganó el rechazo de las autoridades eclesiásticas. Estas se lo hicieron saber públicamente en el boletín oficial del arzobispado de Sevilla de noviembre de aquel año. Las acusaciones que volcaron contra su teoría fueron: blasfema y herética.<sup>7</sup>

Acabada aquella primera guerra mundial, retornarían los turistas, y se prepararía la ciudad para una Exposición Iberoamericana sin fecha, y con ella los discursos sobre la celebración religiosa de su primavera. Estos continuaron mayoritariamente igual. Pasó la Exposición, llegó una profunda crisis, y arreció el «diluvio» de Chaves Nogales, con sus años de sabotajes, incendios, amenazas e intransigencias, para que, de nuevo, entre los ecos, se dejara escuchar una voz. De nuevo, otra vez, como ya hacía siglos, alguien hablaba tan sólo del pueblo y su fiesta.

---

<sup>5</sup> Gómez Lara, M.J. y Jiménez Barrientos, J. *Semana Santa en Sevilla*. Eugenio Noel, Universidad de Sevilla, 1991.

<sup>6</sup> Noel, E. *Semana Santa en Sevilla*, Espuela de plata, col. Cruz de Guía, Sevilla, 2009.

<sup>7</sup> Díaz Pérez, E. y Rondón, J.M. *Semana Santa insólita*, Almuzara, Córdoba, 2014, p. 62.

Para quienes continuaban aventando su prosa emplumándola, y secando la tinta con las purpurinas románticas, escribió el sevillano Antonio Núñez de Herrera su *Teoría y Realidad de la Semana Santa* en 1934, junto con diversos artículos que publicó en *El Heraldo de Madrid*. Siguiendo la estela de todos los anteriores, la describió mojando en el mismo tintero. No consideraba argumento más sólido como punto de partida que el de definirla como un festín de la sinrazón, porque no era más que obra del pueblo.

Invitó a sus escasos lectores a adentrarse por las sinuosas veredas de su prosa, y por su rico pero encriptado pensamiento, tomando rumbo por unas sendas que conducían hacia una fiesta en la que desde hacía siglos consideraba que convivían en una simbiosis casi perfecta elementos aparentemente imposibles, pero que encajaban en aquel tiempo en una extraña combustión litúrgica, emocional, económica y cultural. Adentrarse por este laberinto podía provocar una pérdida de rumbo considerable, que comenzaba en el mismo momento en el que se intentara argumentar su retrato lúdico desde cualquier perspectiva al uso, porque: «Perdonad. Hay sus opiniones».<sup>8</sup>

Las opiniones de Eugenio Noel, Manuel Chaves Nogales, Gustavo Adolfo Bécquer o Antonio Núñez de Herrera dejaron claro que no compartían esos himnos que cada primavera se entonaban desde las guías turísticas, las gacetillas de la prensa nacional, las memorias de los visitantes extranjeros o las revistas ilustradas sobre su Semana Santa. Historias que se iban repitiendo una y otra vez a lo largo de los años, y que no eran más que argumentos prestados, palabras que la inmediatez de la fiesta ya había caducado, o discursos oficiales que el manoseo del pueblo había ido vaciando de contenido.

En definitiva, aunque marcados por las circunstancias sociales, políticas y económicas que les tocó en suerte vivir, coinciden en considerar que su armazón ha sido construido por la gente, poco a poco, y que sólo ella la hace posible o la destruye. Nos hablan de una Semana Santa, en cualquier caso, que apenas sobrepasa entre todos el umbral de doscientos años, cuyos tintes más reconocibles comenzaron dando los primeros pasos en los ensayos de modernidad y de Estado que se hicieron en el siglo XVIII. Fue entonces, con las reformas de la dinastía borbónica cuando comenzaron los nuevos tiem-

---

<sup>8</sup> Núñez de Herrera, A. *Teoría y realidad de la Semana Santa*, edición facsímil, Espuela de Plata, col. Cruz de Guía, Sevilla, 2006, p. 45.

pos para la Semana Santa, porque todo, siempre, al fin y al cabo, tiene un principio. Un inicio, en cualquier caso, en el que también perteneció a la gente.

## SORITES

«Esa imagen, Nuestra Señora de la Esperanza, no la cinceló Pedro Roldán: la ha hecho un pueblo entero»,<sup>9</sup> escribió Eugenio Noel en 1916. Hasta bien entrado el siglo xx, las imágenes parecían esculpidas tan sólo por un par de escultores, Martínez Montañés y Pedro Roldán, pero, a diferencia de lo que había ocurrido en el siglo anterior, el interés por investigar y localizar nueva documentación se había incentivado entre los jóvenes investigadores de la Universidad de Sevilla, gracias a la creación de su Laboratorio de Arte. El escritor, al que bien poco interesaban las autorías, no reconocía en el tallado artístico el protagonismo de la obra definitiva. Los besos recibidos; las plegarias; los juramentos; las lágrimas; las confidencias; las cientos de manos que la habían vestido, acariciado, iluminado, y los miles de sueños que le habían entregado, desbordando los márgenes de la plazuela de San Gil, la fueron modelando desde hacía siglos. Ese fue su taller; y su pueblo, durante generaciones, su auténtico artífice.

Cualquier texto que contenga el vocablo «pueblo» invita a una lectura rápida, en la que el aparente conocimiento de su acepción apenas produce sobresaltos. Sin embargo, es uno de los conceptos que más esfuerzos ha costado posicionar a los historiadores, tanto, que pocas veces lo emplean arbitrariamente sin acompañarlo de un intenso corpus argumental. Los diccionarios nos hablan de un conjunto de personas que comparten un entorno geográfico; o de la gente común, e incluso humilde, que constituye una nación.<sup>10</sup> Término, en cualquier caso, que en los mejores textos escritos hasta el momento sobre la Semana Santa, define al motor que infunde la energía con la que se activan todas sus historias.

Plantear las dificultades de este concepto y de sus diatribas en la ciencia histórica no es la intención de este libro, aunque sí conocer quiénes fueron los que tomaron el protagonismo de esta fiesta religiosa en sus orígenes modernos, haciendo frente al primer gran ven-

---

<sup>9</sup> Noel, E. *Semana Santa en Sevilla*, op. cit., p. 50.

<sup>10</sup> Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., Madrid, 1994, vol. 2, p. 1688.

daval que les tocó sortear a finales del siglo XVIII, legándonos esa Semana Santa que ha llegado hasta nuestros días.

Cuestión diferente es otro vocablo. Posiblemente el más singular y extraño que haya poblado un texto sobre ella: Sorites.<sup>11</sup> A diferencia del anterior, apenas queda resquicio para otras interpretaciones. Antonio Núñez de Herrera lo utilizó en su *Prótasis de las cosas razonables*, para exponer lo que consideraba un alocado desafío, pero no una inutilidad: el convencimiento de que se podían armar teorías de incuestionable validez científica utilizando una hermenéutica precisa a través de procedimientos empíricos, o métodos discursivos, para conocer los porqués de la Semana Santa.

«Mejor es soñar teorías»,<sup>12</sup> escribiría poco después, a pesar de su convencimiento. Una conclusión que sólo pudo aceptar después de haberse asomado por su propio pie hasta el abismo sobre el que se precipita en el tiempo cualquier estudio que pretenda colocar en un mismo discurso al pueblo, Dios y la historia.

«Difícil sorites el que pretende hacer pareja a las filas de nazarenos».<sup>13</sup> Bien lo sabía él.

La historia de este fenómeno social, religioso o económico no se puede estudiar con fuentes tan frágiles como son los recuerdos o las impresiones, carentes del rigor científico que exigen los tiempos. Su historia es mucho más que eso, pero ¿qué? Muchos han sucumbido a la tentación de ensayar una respuesta que defina a la historia y su sentido. Y es en la insatisfacción, a veces encubierta, por la que asoman las aristas de su esfuerzo, donde nos quedan valiosas sugerencias. Max Weber aseguraba que la historia es una corriente titánica y caótica de acontecimientos que avanza a través del tiempo. Titánica y caótica, palabras que en sí mismas suman desasosiego a quien pretenda valores exactos. Un titán del que realmente saben quienes se aventuran por las huellas que van prendidas en el tiempo. Y un caos que cualquier historiador intenta ordenar con perseverancia, experiencia y conocimiento de aquello que es posible.

No sólo las grandes decisiones políticas, las crisis económicas, hambrunas, catástrofes naturales o las campañas bélicas son el com-

---

<sup>11</sup> «Raciocinio compuesto de muchas proporciones encadenadas, de modo que el predicado de la antecedente pasa a ser sujeto de la siguiente, hasta que en la conclusión se une el sujeto de la primera con el predicado de la última». Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, *op. cit.*, p. 1906.

<sup>12</sup> Núñez de Herrera, A. *Teoría y realidad...*, *op. cit.*, p. 38.

<sup>13</sup> *Ibid.*

bustible que explica sus consecuencias; al menos la historiografía del siglo xx añadió nuevas materias para argumentar los hechos del hombre. Hay mucho más, aquello que Henry Ford llamó «charlatanería»; Carlyle, «destilado de rumores»; Droysen, «la historia que engloba todas las historias»; o Karlheinz Deschner, «catarata gigantesca en donde intervienen factores forzosamente ocultos, tanto para los contemporáneos como para la posteridad».

Parece que el problema de los razonamientos únicos surge cuando llegan al punto común de encontrar que en esta ciencia resulta imposible hallar una constante fija que no cambie, que permanezca inalterable a lo largo del tiempo de los hombres, y que nos permita esclarecer con mayores certezas el porqué de la humanidad y sus grandes o pequeñas acciones. Así, envuelta en la mutabilidad permanente de su ausencia de constantes, se enreda la fragilidad de cualquier argumentación sobre una fiesta de Dios en una pequeña ciudad de provincias del sur de Europa, que cada primavera ha sido capaz de convertirse en destino del mundo.

Pero esto ya lo vio Núñez de Herrera antes de que el siglo regalara a la historia nuevos acontecimientos, inexplicables para muchos con las herramientas anteriores, y que se enredarían en constantes aún por esclarecer. Ésta es la gran dificultad, y el vértigo al que se enfrenta todo aquél que pretende excavar con sus propias manos en el pasado: el de verse envuelto por una multitud de constantes en permanente variación, que se despliegan imprescindibles para explicar la historia. Este torbellino se le apareció a Antonio Núñez de Herrera cuando se enfrentó a ese reto conmovedor.

La historia de la Semana Santa no se explica sólo con los documentos que confeccionó la prensa, el papel fotográfico, el celuloide o las planchas metálicas, porque una parte fundamental flota en el tiempo; a veces sin adherirse a nada que sea científicamente legítimo por sí mismo. La «charlatanería» de Ford o el «destilado de rumores» de Thomas Carlyle, es decir, las murmuraciones, el rumor, los infundios, la calumnias o la mentira asoman como fundamento de su recorrido por la historia. Y son, junto con las leyendas o las anécdotas, parte inseparable de ella, porque con esta materia amasa la gente sus vidas. A veces, motor de importantes acontecimientos que terminaron volcando una documentación de incuestionable valor científico.

Parte de la fragilidad de sus documentos se debe a la rápida combustión de su celebración. La fiesta religiosa se desbarata cada año

por las manos de quien la creó: su pueblo, desapareciendo con ella para siempre. Pero no todo se desvanece. A lo largo de los siglos han ido sobreviviendo testimonios que han convivido con actas de cabildos, denuncias, solicitudes, crónicas y un amplio muestrario de documentos, más o menos amputados, con los que se nos brinda el espejismo de su posible conocimiento. Son los restos del naufragio de la celebración de los dos últimos siglos, en el discurrir diario de la vida cotidiana de los sevillanos. Elaborados por sus protagonistas, inmersos en acontecimientos políticos, económicos o sociales que a veces les sacudían mientras se encontraban sumidos en el trasiego de sus días.

Son la materia que han producido los protagonistas y quienes disfrutaron de sus Semanas Santas. Entre éstos se cuentan no sólo los sevillanos, pues ellos no estuvieron solos en la construcción de la fiesta y sus teorías. La ciudad, marco en el que se confina todo lo que fue posible, jamás se convirtió en ese «relicario» como otras de pasado legendario, entregándose al tiempo sin ofrecer demasiada resistencia. Y esto se debió a sus gentes.

Junto a los sevillanos se contaron extranjeros de naciones dispares de cualquier rincón del mundo, primero escasos, pero en gran proporción después. Visitantes que al preparar las maletas que transportaban hasta Sevilla incorporaban una carga muy pesada, pero invisible. Incorporaron imágenes que durante años dieron forma a recuerdos de viajes que tomaron prestados a sus familiares, fantasías de sus lecturas o impresiones andaluzas que habían creado los escenógrafos para sus teatros. Un equipaje que se oreaba entre las chaquetas, los zapatos, las cartas de recomendación o los sombreros que sacudían al llegar a las fondas, pero que en la mayoría de los casos permanecía adherido junto al viajero durante toda su estancia. Con sus teorías ilusorias convivían junto a los sevillanos y otros forasteros durante la celebración de la Semana Santa. Todos siempre acompañados de sus propias teorías sobre Dios, el pueblo o la fe, intentando fundirlos en un solo argumento.

Desde las primeras décadas del siglo XIX, cada primavera, los sevillanos fueron atendiendo a un reguero de extranjeros desbordados de preguntas. En los testimonios que éstos nos dejaron en sus memorias de viajes se revela que en las conversaciones que mantuvieron durante su estancia, apenas se habían logrado entender en muchas ocasiones, más que en lo referente a nombres de calles, cofradías, estrenos o cafés, como evidencian la mayor parte de los libros de via-

jes. No es en la mirada del extranjero donde se encuentran respuestas satisfactorias sobre las experiencias de la Semana Santa sevillana, aunque existan notables excepciones. Sin embargo, dicha mirada será fundamental en el proceso de construcción y consolidación de la Semana Santa como parte imprescindible de la ciudad.

La Semana Santa y Sevilla aparecen unidas irremediabilmente en los testimonios publicados por las grandes editoriales europeas y estadounidenses a lo largo de los dos últimos siglos. A las impresiones de los numerosos extranjeros que la disfrutaron, y que lograron editar para conocimiento de sus semejantes, se suma su relación con la ciudad; con aquel nombre que habían escuchado tantas veces desde puntos lejanos, frotando sus sílabas sobre el papel o entre sus labios como si fuera un talismán mágico capaz de proporcionar el antídoto adecuado para sus anhelos. Una ciudad que en muchas ocasiones resultó decepcionante en su primer encuentro, por lo poco que se parecía a la que habían imaginado, pero que les aguardaba con sus evidentes carencias para doblegar aquellas impresiones iniciales. Parte de esos desencuentros que tanto enfado generaron, se deben a la resistencia natural que Sevilla siempre ha ofrecido a convertirse en escenografía teatral.

El dinamismo que impone la modernidad se tradujo en permanentes cambios sobre sus acerados, trazados viarios, caserío, fiestas o monumentos. Un proyecto del que fue cogiendo sus riendas el Ayuntamiento a lo largo de todo el siglo XIX, pasándole las bridas en herencia a todos los cuerpos que lo fueron constituyendo durante décadas, fueran cuales fueran sus inclinaciones políticas, sin más freno o impulso que el que marcaba el presupuesto de las arcas municipales. El resultado sería una ciudad en permanente transformación. Unos cambios que fueron constantes a lo largo de toda su historia en sus aspectos formales y en su imagen externa.

Sobre esta agitación urbanística, desatada especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cada diligencia y cada ferrocarril dejaba caer un equipaje cargado de impresiones antiguas. A la ciudad se le había ido dotando de una naturaleza mítica, que como todo mito supera a la propia realidad. Su contenido fue abrumando a su frágil identidad hasta desbordarla. Dotada de unas raíces clásicas profundas, indagando en una permanente búsqueda del equilibrio, armonía y medida como patrón de belleza, luchará por no resquebrajarse con la carga de su propio mito. Con este indomable peso cabalga desde el siglo XIX, portando sus raíces clásicas y sacudiéndose con

más o menos acierto cualquier estridencia. Ésta es en parte la tensión chirriante que desde hace doscientos años esconde la ciudad, por una parte, por no dejar de ser lo que fue, como un envoltorio reconocible que es a la vez su identidad y su necesidad; y por otra, ofreciendo una resistencia natural a ser embalsamada como un decorado teatral, algo que la lleva a transformar su fisonomía una y otra vez, al fin y al cabo, telón de fondo de sus cortejos procesionales.

Sobre esa cambiante escenografía urbana, pisando sobre sus propios pasos, deambulaban los sevillanos. Huella sobre huella, repitiendo simples hábitos, elevándolos a la categoría de rituales por el esmero y la precisión con que los ejecutaban desde hacía siglos, sin más intención que la de reencontrarse con lo esperado. Por ella deambulan sus cortejos procesionales que, como la ciudad, han ido cambiando por la misma pulsión que la contiene, pero que precisa luchar de una forma constante por no desarmar su naturaleza. De este modo, desde que a finales del siglo XVIII las nuevas políticas reformadoras impusieran nuevos patrones a las cofradías, se encontraron los extranjeros viviendo la experiencia como una fábula, y los sevillanos gozosos con la ilusión de embalsamar el tiempo. Fue entonces, cuando se le fue haciendo la horma a los cimientos que se clavarían en el siglo XIX; cuando la Semana Santa dejaría de ser una celebración local con un patrimonio de gran calidad, sin mayores atractivos aparentes, para convertirse en una fiesta religiosa espléndida en todas sus facetas, permitiendo que una parte de la economía de la ciudad pivotara sobre su celebración.

Todo tiene un punto de partida. Y en este caso lo es el siglo XVIII. Fue entonces cuando el Consejo de Castilla con la rúbrica de Carlos III decidió poner fin a lo que hasta el momento habían sido estampas inmemoriales de los cortejos procesionales, como el deambular de noche, los rostros cubiertos con antifaces o los latigazos. Pero también fue entonces, cuando los enciclopedistas franceses pretendieron la tarea ciclópea de atrapar al hombre y sus caprichos, la naturaleza y sus creaciones entre párrafos sobre el papel. Una labor desbordante que alimentó al hombre de definiciones y razonamientos, que, poco después, los románticos dinamitarían.

Fue este tiempo único el que gestó la Semana Santa contemporánea en Sevilla. Fue este siglo de las luces y de la Ilustración española el que originó el diluvio que cambió todo lo que hasta el momento se entendía por las cofradías, sus cortejos y sus cosas; pero también el que ofreció los mecanismos para que saliera adelante con el esfuerzo

de su gente. Una energía que se repartió entre nuevos cargos públicos, acaudalados comerciantes, abogados, profesores universitarios, viejos aristócratas, y gente sencilla que encontró en las reformas carolinas un espacio de poder para proyectarse. Tiempo que daría paso tras la guerra de la Independencia y los largos años del tembloroso trono de Fernando VII, a los brillantes cortejos románticos que se convertirían en el bastión sobre el que se proyectaron las fiestas de primavera. De esto hablan estas páginas que tienen entre sus manos.

## XVIII, siglo de luces, siglo de sombras

### TODO COMENZÓ POR UN MOTÍN

El 7 de abril de 1766, quinientos cincuenta y un soldados del Regimiento de Córdoba, recién llegados de Cuba, se encerraron en el convento de San Francisco para iniciar un motín. Seis días antes, concretamente el día 1, el Señor del Gran Poder y la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso experimentaron un extraño fenómeno en su capilla de la iglesia de San Lorenzo. Diminutas gotas transparentes aparecieron sobre sus rostros de una forma espontánea durante doce horas, en un fenómeno que la junta de gobierno de su hermandad denominó «sudor».<sup>1</sup> Aunque aparentemente estos acontecimientos nada tienen que ver entre sí, sin embargo, ambos resultaron imprescindibles para el proceso de construcción de los nuevos cortejos procesionales que estaban por venir. El comportamiento del gobierno municipal y de las altas jerarquías religiosas en el manejo de ambos afectaría a la construcción de la Semana Santa de fin de aquel siglo XVIII, y de todo el siglo XIX.

Los amotinados reclamaban unos pagos con los que se acostumbraba a primar a las tropas que iban a Indias.<sup>2</sup> Ante la negativa a restituirlos, decidieron desafiar al rey, encerrándose a unos pasos de distancia del Ayuntamiento. Éste decidió, no sólo ignorar lo que estaba ocurriendo, sino también desentenderse de sus responsabilidades, porque no envió a Madrid ninguna misiva que indicara la gravedad de la amenaza.<sup>3</sup> Ante semejante vacío de autoridad, los amotinados aprovecharon el tiempo para hacerse con el apoyo de muchos sevilla-

---

<sup>1</sup> Delgado Aboza, F.M. «El misterioso suceso del sudor del Señor del Gran Poder y de la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso (1766)», *Boletín de cofradías*, n.º 509, julio de 2001, pp. 37-39.

<sup>2</sup> Marchena Fernández, J. *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC, 1983, p. 367.

<sup>3</sup> Campese Gallego, F. *La representación del común en el Ayuntamiento de Sevi-*

nos que se ofrecieron a colaborar, por lo que amenazaron al asistente y al procurador mayor, conde de Mejorada, sometiéndolos a un chantaje, si no les ayudaban con sus peticiones ante el Estado.

La situación se tornó insostenible para los municipales, por lo que trece días después, se vieron obligados a tomar una decisión. Se reunieron el día 20 de abril, y el procurador propuso la posibilidad de que los regidores aceptaran el papel de mediadores con el Estado, respecto a las pretensiones de los soldados, e incluso que fuera el mismo Ayuntamiento quien asumiera el pago de la cantidad que reclamaban. En definitiva, se ofrecían para desempeñar un papel impreciso e indefinido entre los intereses de unos y otros, ante el temor general de que aquello se convirtiera en un levantamiento popular en el mismo corazón de la ciudad; ya que semejante acontecimiento se precipitaba sobre un auténtico polvorín. Tres años llevaba padeciendo Sevilla una intensa crisis alimenticia debido a las escasas y malas cosechas, y al consecuente encarecimiento de los comestibles, especialmente del pan. Esta situación se mantenía porque los precios estaban manejados y controlados por los oligarcas municipales y sus afines, que manejaban algunas operaciones tan complejas como corruptas.

Llegada la noticia con la oferta de los capitulares a la corte, la Secretaría de Guerra respondió: envió cinco regimientos que bloquearon la ciudad, acabaron con los apoyos populares de los soldados y se prepararon para asaltar el convento. La respuesta a la oferta de mediación fue una contundente y desabrida negativa por parte del rey, porque ¿cómo se atrevían a usurpar una competencia que sólo pertenecía a la Real Jurisdicción? No sólo fue rechazada, sino que se les acusó de complicidad con ellos.<sup>4</sup> El día 29, Mejorada, ante la dureza de la respuesta real, y obligado por los regidores, comunicó a los soldados que ya nada tenían que tratar con él, ni con su Ayuntamiento. Y éstos, finalmente, terminaron rindiéndose. Nada pasaría en balde. El gobierno no dejaría pasar el comportamiento de ocultación de las autoridades de la ciudad. La desconfianza se sembró a lo largo de todas las leguas que separaban la corte de las casas capitulares sevillanas. Aquella maniobra de encubrimiento sólo se pudo conseguir con la complicidad de todas sus autoridades civiles, militares y religiosas.<sup>5</sup>

---

*lla* (1766-1808), Universidad de Sevilla-Universidad de Córdoba, Sevilla, 2005, pp. 104-109.

<sup>4</sup> Corona Baratech, C. E. «Los sucesos de Sevilla y de Jaén en abril de 1766», *Hispania*, n.º 137, 1977, p. 552.

<sup>5</sup> Campese Gallego, F. *La representación del común...*, op. cit., p. 108.

Fueron días de violencia en otras poblaciones españolas, agitadas por otras maniobras políticas. Mientras en Sevilla, durante el mes de abril los capitulares municipales intentaban hacerse con el manejo de esta sublevación, el país andaba sumido en un proceso de motines, revueltas, altercados y conmociones de diferente índole, que venía afectando a más de cien localidades. Desde que en marzo prendiera en Madrid la primera chispa con un motín contra el bando que el ministro Esquilache emitiera sobre las capas y los sombreros, se sucedieron revueltas, algaradas, desórdenes públicos y motines, por una parte considerable del territorio, que llegarían a alcanzar el centenar cuando en mayo se dieron por extinguidos. Se trataría de unas revueltas sociales, posiblemente instigadas por intereses y poderes ocultos, movidos por quienes sentían atacados sus privilegios en los cabildos municipales por el intervencionismo borbónico;<sup>6</sup> pero que, en cualquier caso, tendrían como protagonistas a las clases más humildes, sacudidas por inminentes necesidades de subsistencia, debido sobre todo a los altos precios del pan.<sup>7</sup>

Además del componente particular de instigación contra los ministros y funcionarios extranjeros que tendría en Madrid, en las restantes localidades nacionales estas revueltas destacarían por su ataque hacia las oligarquías locales. Es decir, se trató de una rebelión de unas gentes que intentaron cambiar su situación contra quienes se lo imposibilitaban, ya que los puestos representativos estaban todos ocupados por las oligarquías locales.<sup>8</sup> Apellidos habituales desde hacía generaciones en las casas consistoriales, que desde sus escaños de poder venían siendo acusados de corrupción política, manejos e intereses particulares con los abastecedores de víveres, o de usurpación de bienes públicos, entre otras corruptelas.<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>7</sup> Vilar, P. «El motín de Esquilache y las crisis del Antiguo Régimen», *Revista de Occidente*, n.º 107, 1972, pp. 199-249; Vilar, P. *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 93-140 (p. 109).

<sup>8</sup> Sobre Sevilla, Corona Baratech, C. E. «Los sucesos de Sevilla y de Jaén...», art. cit., pp. 541-568; Domínguez Ortiz, A. «Repercusión en Sevilla de los motines de 1766», *Archivo Hispalense*, t. LXXI, 217, 1988, pp. 3-13; Encina Rodríguez F. J. y Pozo Redondo, F. «Las crisis de subsistencia en el Antiguo Régimen: los sucesos de abril de 1766 en Sevilla», en *Actas del I Congreso de Jóvenes Geógrafos e Historiadores*, Sevilla, 1995, pp. 323-30; Campese Gallego, F. *La representación del común...*, op. cit., pp. 38-53.

<sup>9</sup> Campese Gallego, F. *La representación del común...*, op. cit., p. 47.